

El Bosque Vertical (Bosco Verticale), diseñado por Boeri Studio, es un innovador complejo ecourbano revestido con plantas que representa un compromiso con la economía sostenible.



El curso natural de la economía

Una buena economía exige un mejor manejo de la Naturaleza

Partha Dasgupta



Los últimos 70 años han sido ejemplares por muchos motivos. En promedio, tenemos mejor salud, vivimos más tiempo y gozamos de salarios más altos que nuestros antepasados. La proporción de la población mundial en situación de pobreza absoluta disminuyó drásticamente. Los beneficios derivados de los avances de la tecnología, la ciencia moderna y la producción de alimentos tal vez nos permitan pensar que la humanidad está en su mejor momento. El PIB mundial creció enormemente desde la década de 1950 (ver gráfico) y el producto económico mundial es 15 veces mayor.

Sin embargo, estos logros disimulan una verdad simple, que tiene consecuencias profundas no solo en cómo concebimos y practicamos la economía, sino también en cómo vivimos nuestra vida. La prosperidad que gozamos depende de la Naturaleza que nos

rodea y de la cual somos parte: desde los alimentos que consumimos, el aire que respiramos y la descomposición de nuestros desechos hasta las oportunidades recreativas y de realización espiritual. A pesar de ello, en ese mismo período, la biósfera se redujo. Las tasas de extinción actuales superan entre 100 y 1.000 veces la tasa natural —el proceso normal de pérdida de especies— de los últimos varios millones de años. Y el ritmo crece. El gráfico muestra el Índice Planeta Vivo, que refleja la abundancia de mamíferos, aves, peces, reptiles y anfibios. Entre 1970 y 2016, a nivel mundial la población de especies se contrajo en promedio un 68%. En un informe reciente de la Plataforma Intergubernamental Científico-Normativa sobre Diversidad Biológica y Servicios de los Ecosistemas se mostró el debilitamiento de 14 de los 18 servicios ecosistémicos mundiales evaluados.

Hemos venido utilizando los bienes de la Naturaleza mediante la extracción de recursos naturales, lo cual entre otras cosas agota el aporte de nutrientes en los suelos y reduce la población de peces, y hemos usado a la Naturaleza como fregadero para nuestros desechos, por ejemplo, con la quema de combustibles fósiles. Como resultado, la biósfera está seriamente degradada; algunos ecosistemas, como los arrecifes de corales, están a punto de colapsar.

Ciertos acontecimientos nos hacen reflexionar por un momento. La pandemia de COVID-19 ha hecho que mucha gente se cuestionara cuán sostenible es nuestra relación con la Naturaleza dado que el comercio ilegal de fauna y flora silvestres, el cambio de uso de la tierra y la pérdida de hábitats son determinantes clave de nuevas enfermedades infecciosas.

Oferta y demanda

A principios de este año se publicó *The Economics of Biodiversity: The Dasgupta Review* (La Economía de la Biodiversidad: Un examen de Dasgupta), por encargo del Tesoro del Reino Unido. En dicho estudio, procuré mostrar cómo la economía ha ignorado la Naturaleza. El examen combina nuestro conocimiento de la biósfera a partir de las ciencias de la tierra y la ecología, plantea un marco para incluir la Naturaleza en nuestro pensamiento económico y brinda una guía para realizar un cambio a través de tres transiciones amplias e interconectadas.

La primera es garantizar que nuestra demanda a la Naturaleza no supere su oferta. Durante algunas décadas, lo que le hemos demandado a la Naturaleza (es decir, lo que algunos denominan nuestra “huella ecológica”) ha superado con creces la capacidad de la Naturaleza de satisfacer esas demandas en forma sostenible, con la degradación de la biósfera a un ritmo alarmante como consecuencia.



Por supuesto, no basta tener en cuenta únicamente los bienes naturales. Debemos invertir en la Naturaleza.

Esta demanda excesiva persistente pone en peligro la prosperidad de generaciones actuales y futuras, y exacerba un riesgo significativo para nuestras economías y bienestar. Las innovaciones tecnológicas —por ejemplo, las dirigidas a la producción sostenible de alimentos— desempeñan una función importante para garantizar que nuestras demandas a la Naturaleza no superen su oferta.

Sin embargo, a fin de no rebasar los límites de lo que la Naturaleza puede brindar en respuesta a las necesidades de la población humana, los patrones de consumo y producción deben reestructurarse de manera fundamental. Las políticas que modifican precios y normas de comportamiento —por ejemplo alineando los objetivos ambientales con la cadena entera de suministro y haciendo cumplir normas para reutilizar, reciclar y compartir bienes— pueden acelerar los esfuerzos por interrumpir la relación entre formas dañinas de consumo y producción y el medio ambiente natural.

El crecimiento de la población humana tiene implicaciones importantes para nuestras demandas a la Naturaleza, incluso para patrones futuros de consumo mundial. El apoyo a la planificación familiar comunitaria puede modificar preferencias y conducta y acelerar la transición demográfica, así como también puede hacerlo la mejora del acceso de las mujeres a las finanzas, la información y la educación.

Riqueza inclusiva

La segunda transición implica modificar nuestro indicador de éxito económico. La reformulación de las herramientas que utilizamos para medir la economía es un paso necesario en ese camino. El PIB sigue siendo un indicador esencial de la actividad económica para el análisis macroeconómico a corto plazo. Pero no es un indicador adecuado de desempeño económico a largo plazo. Ello se debe a que no nos indica cómo un bien de la economía, en especial los bienes naturales, se potencia o contrae como resultado de nuestras decisiones.

En cambio, deberíamos usar un indicador que refleje el valor de la masa de capital: capital producido (carreteras, edificios, puertos, máquinas), capital humano (aptitudes, conocimiento) y capital natural. Podríamos denominar ese indicador “riqueza inclusiva”. La riqueza inclusiva, que abarca los tres tipos de capitales, revela los beneficios de invertir

en bienes naturales y las disyuntivas e interacciones entre inversiones en diferentes activos. Únicamente con este panorama más completo es posible comprender si un país goza de prosperidad económica. El “presupuesto del bienestar” de Nueva Zelanda y el uso del “producto ecosistémico bruto” en China son ejemplos de los pasos para establecer ese panorama más completo, y se analizan en *The Review*.

A título ilustrativo, los ingresos por exportación de recursos naturales (por ejemplo, productos primarios en las regiones tropicales) no reflejan los costos sociales de su extracción; en otras palabras, el comercio de estos bienes no refleja la forma en que el proceso extractivo afectará al ecosistema o las consecuencias que enfrentan las comunidades a largo plazo como resultado de dicho proceso. De este modo, se transfiere riqueza de los países exportadores de productos primarios a los países importadores. La implicación es más que irónica: la expansión del comercio internacional puede haber contribuido a la transferencia masiva de riqueza de países pobres a países ricos, sin que las estadísticas oficiales lo reflejen.

Por supuesto, no basta tener en cuenta únicamente los bienes naturales. Debemos invertir en la Naturaleza, para lo cual el sistema financiero debe encauzar las inversiones financieras —públicas y privadas— hacia actividades económicas que afiancen nuestras existencias de recursos naturales y propicien el consumo y la producción sostenibles. La inversión también implica simplemente esperar: cuando no nos inmiscuimos, la Naturaleza crece y se regenera.

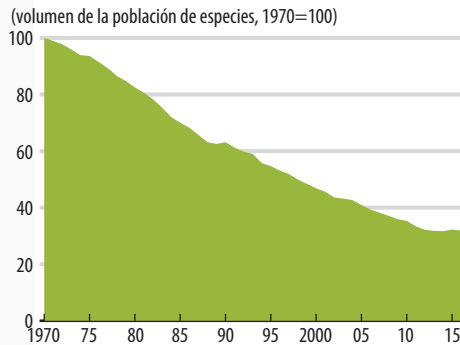
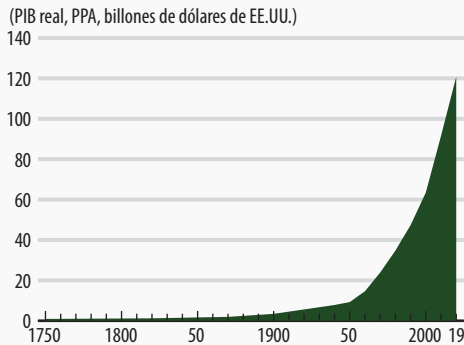
Fracaso institucional

Esto nos remite a la tercera transición: transformar nuestras instituciones para propiciar el cambio. Un elemento clave de nuestra interacción insostenible con la Naturaleza es un profundo fracaso institucional. El valor de la Naturaleza para la sociedad —el valor de los muchos bienes y servicios que brinda— no se refleja en los precios de mercado. Los mares abiertos y la atmósfera son recursos con acceso abierto, afectados por la llamada “tragedia de los bienes comunes”. Tales distorsiones de precios nos llevaron a invertir relativamente más en otros activos, como el capital producido, y a subinvertir en nuestros bienes naturales. Y dado que muchos componentes de la Naturaleza son móviles, invisibles o silenciosos, los efectos de varias de nuestras



Más prósperos pero menos biodiversos

El producto económico mundial más próspero, con menor biodiversidad, ha crecido 15 veces desde 1950, pero el volumen de la población de especies disminuyó en un 68% en promedio desde 1970.



Fuente: Base de datos 2018 del Maddison Project; Our World in Data 2020; e Índice Planeta Vivo 2000 de World Wildlife Fund.
Nota: Precios de 2011. PPA = paridad del poder adquisitivo.

acciones en nosotros mismos y en otros —como nuestros descendientes— son difíciles de rastrear y no se contabilizan, lo cual redundando en externalidades generalizadas.

Los gobiernos exacerbando estas distorsiones prácticamente en todas partes al pagar más a las personas por explotar la Naturaleza que por protegerla. Una estimación conservadora del costo mundial total de subsidios perjudiciales para la Naturaleza ronda los USD 4 billones a USD 6 billones anuales.

Un medio ambiente natural pujante, apuntalado por una biodiversidad abundante, es nuestra red básica de protección. Así como la diversidad de una cartera de activos financieros reduce el riesgo y la incertidumbre, la diversidad de una cartera de bienes naturales —biodiversidad— aumenta en forma directa e indirecta la resistencia de la Naturaleza a shocks y reduce los riesgos para los servicios de los que dependemos.

Se requiere de mucho más apoyo mundial para profundizar la comprensión y concientización de las instituciones financieras sobre los riesgos financieros vinculados con la Naturaleza. Para ello, los bancos centrales y los supervisores financieros pueden evaluar el alcance sistémico de estos riesgos. El FMI, como elemento fundamental de la red de seguridad financiera mundial, también puede desempeñar una función esencial para evaluar y gestionar estos riesgos relacionados con la Naturaleza, en el marco de su supervisión y asistencia técnica y financiera.

Los próximos pasos

Al ser más conscientes del lugar que ocupa la Naturaleza en nuestras vidas (un mensaje que nos dejó la pandemia), este año es fundamental para repensar nuestra economía y las decisiones económicas y financieras que tomamos. Los líderes mundiales se reunirán en dos conferencias —el Convenio de las Naciones Unidas sobre la Diversidad Biológica (COP15) y la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP26)— para abordar cuestiones intrínsecamente vinculadas con el cambio climático y la pérdida de la biodiversidad.

La única manera de combatir esta crisis de biodiversidad es mediante el cambio transformador, que exige el compromiso sostenido de los actores en todos los niveles: desde los ciudadanos hasta las instituciones financieras internacionales como el FMI. *The Economics of Biodiversity Review* subraya casos exitosos de todo el mundo para demostrar que es posible realizar este tipo de cambio. Debemos reencauzar la creatividad que permitió el aumento desmedido de la demanda de la humanidad a la Naturaleza en aras de lograr la transformación necesaria para repensar nuestra relación con la Naturaleza. Nosotros y nuestros descendientes no merecemos menos. **FD**

PARTHA DASGUPTA es profesor emérito de la cátedra Frank Ramsey de Economía de la Universidad de Cambridge.